

—La Mitología nos dice que fueron siete; pero debo advertirte que todo lo mitológico es mentira, Demetria...

XVI

(Prosigue la carta de D. Fernando.)

—Será mentira—dijo con gracia mi futura consorte;—pero el que tales papas inventó quiso representar con ello que los grandes fines no son alcanzados por el hombre sino á fuerza de penalidades y sacrificios...

—¿Y te parece que aún no he penado yo bastante para merecer la gloria terrestre, que eres tú?

—Cállate la boca y déjame acabar. Pasemos revista á tus trabajos, á ver cómo están tus cuentas con la gloria terrestre. El primer trabajo fué cuando te lanzaste al Norte, en plena guerra, con aquel pillo de Rapella, en busca de tu novia, la diamantista; tenemos *Uno*.

—Uno,—repetí yo, que, viéndola contar por los dedos, abrí mi mano junto á la suya para llevar por duplicado la suma.

—Sigue ahora el trabajo de más mérito, el

más difícil, el más heróico, el que te ha dado celebridad en todo el mundo, la grande hazaña de sacar del cautiverio de Oñate á las niñas de Castro y traerlas á su casa... Y van *Dos*. No es flojo el *Tercero*: la osadía de entrar en Bilbao y en la propia casa de los que te birlaron la novia, y acosarles y perseguirles exigiéndoles la confesión de su infamia... Sigue después otro magnífico trabajo: el de tu madre, sostenido para recobrar su independencia y poder llamarte hijo. Este trabajo te lo apunto á tí, porque si ella era quien aparentemente lo realizaba, de tí recibía la fuerza: el Hércules eras tú... No admito discusión. Van *Cuatro*. Después viene otro trabajito, que se lo doy yo al más pintado. ¡Vaya una campaña! Por ella debieras pasar á la Historia. Tus viajes disfrazado de trajinero para tratar con Maroto las condiciones de la paz, bastarían para darte fama de sagaz y valiente. Tenemos *Cinco*. Sigue la reconciliación con Zoilo, la busca de Aura hasta llegar á verla con el niño en brazos, manteniéndote en la increíble virtud de no dejarte ver de ella, y coronando luego esta brillante hazaña con la magnanimidad de mandar al marido á su casa para que hiciera las paces con su mujer. ¡Sublime acción! Van *Seis*. Y me parece que no hay más, mi Sr. D. Fernando. Falta,

pues, el *Séptimo* trabajo, que debe ser el que dé quince y raya á los demás, y éste voy á imponértelo yo.»

La miré sin decirle nada, pensando que aquella celestial mujer iba á volverme loco. Reconocíame yo incapaz de comprender la sublimidad de mi futura, si sublimidad era el matarme á trabajos antes de concederme su mano valiosa. Ardiendo en impaciencia por saber en qué pararían aquellas bromas, ó tristísimas veras, le supliqué me dijese pronto cuál era el *Séptimo*. Me daba el corazón que no había de ser cosa fácil.

«Pues haciendo yo ahora de divinidad—me dijo muy seria,—sepa mi buen Hércules que obligada me veo á imponerle un trabajo de mediana dificultad, y no bien realice mi caballero este séptimo y último empeño, lo celebraremos casándonos como unos benditos. ¿Qué tienes que hacer para que ambos recibamos el premio de nuestra constancia? Pues ir á donde sea necesario para buscar y prender á Santiago Ibero y traérmele acá de grado ó por fuerza, cualquiera que sea el estado en que se halle, cuerdo ó loco, feliz ó desgraciado, sano ó enfermo...

—Aguarda un momento. ¿Estás segura de que Santiago vive?

—Me consta que vive.

—¿En dónde está?

—En Madrid estaba hace diez días. Pero no aseguro que allí permanezca. Tú, como buen Hércules, perseguidor de Aura, buscador de Zoi-lo, salvador mío en Oñate y en Aránzazu; tú, emisario de Espartero y confidente de Maroto, sabrás lo que tienes que hacer para descubrir á tu amigo y echarle la zarpa donde quiera que le encuentres.

—Tu idea—respondí,—es noble y atrevida, bastante seductora para tentar á un hombre como yo, adestrado ya en lances de igual naturaleza; la idea me agrada; pero permíteme que dude de su oportunidad. ¿Acaso crees que aún no he demostrado bastante que soy digno de poseerte? ¿Te hacen falta más pruebas del temple de mi voluntad y de la constancia de mis afectos? ¿O es que te diviertes haciéndome creer que quieres dar largas á nuestro casamiento para gozarte en mi martirio?

—Si yo te propusiera lo que te propongo por pura diversión, no sería quien soy, ni tampoco digna de tí. Bien probado tienes lo que vales, y mi corazón está satisfecho: con quererte como te quiere le basta para ver en tí el mejor de los hombres.»

Estas manifestaciones, de cuya sinceridad no podía dudar, no disipaban mi confusión. Tan

pronto creía yo que el imponer trabajos á un amante caballero obedecía ciertamente á un concepto moral muy elevado; tan pronto que no era más que un rasgo de mujer caprichosa, de imaginación exaltada y corazón frío; y aunque esto último pugnaba con la idea que yo tenía de Demetria, idea muy conforme con la opinión general, di en admitir el capricho como razón única de las heroicas pruebas. Produjo esta creencia efectos muy raros en mi espíritu, pues si al principio me turbó, no dejó de causarme un cierto regocijo: era la satisfacción crítica, el orgullo de haber encontrado un defecto en la misma perfección, que de este modo se alegran los astrónomos cuando descubren las manchas del sol. ¡Demetria caprichosa!... ¡Qué monstruosidad! Para salir de dudas, pues aún no estaba seguro de mi crítica, explicaciones le pedí en esta forma:

«Bien veo que tu plan responde á la noble idea de catequizar á Ibero y traerle de nuevo al amor de tu hermana, para curar á ésta de su dolencia, que no es otra que un grande amor contrariado y sin esperanza. Hasta aquí vamos muy bien, Demetria; todo lo que piensas es de fácil comprensión para mí, y téngolo por natural dentro de la grandeza de tus ideas. Pero si veo bien claro el pensamiento, no se me alcan-

za su oportunidad. Lo natural y lógico es que habiendo yo venido aquí á casarme contigo, según el convenio que hicimos tú y yo por mediación de los Maltranas, cumplamos sin pérdida de tiempo lo que nos prometimos y por igual deseamos, porque, francamente, no veo yo incompatibilidad entre nuestra dicha y el proyecto de buscar y traer á Santiago. Habría si el casarnos fuera operación larga; pero bien sabes que teniéndolo todo corriente, y el papeorio en regla, ese señor cura nos despachará en un cuarto de hora. Dime ahora tú si no hablo como la misma razón; dime si el plan más lógico no es éste: casarnos esta noche, ó mañana, y luego partir los dos juntos, ó los tres, en persecución del descarriado. Figúrate lo que voy á penar yo solo en este nuevo trabajo, sin apartar de tí mi pensamiento, temiendo que algo inesperado sobrevenga, que una desgracia tuya ó mía para siempre nos separe; temblando por todo, ciego porque no te veo, triste porque no sé qué nuevas asechanzas te pondrán mañana los de Cintruénigo; lejos de tí y de mi madre, que sois mis luces y los únicos regocijos de mi alma.

—Cierto que esto es penoso, y para mí lo es tanto como para tí. Presentado el caso como tú lo presentas, no hay duda. Pero aún no hemos

visto la cuestión más que por un lado, y ahora vamos á verla por el otro, que dos lados tienen siempre las cosas. Si yo te propusiera el *Séptimo* trabajo sin una poderosa razón; si fuera tal como tú lo has visto, como una prueba más sobre tantas, sería yo una mujer insoportable. ¿Cómo has podido creer eso?... Pero vamos á la explicación que necesita mi buen caballero, y ha de ser tal que no tendrás nada que decir contra ella.

—Razón tiene que haber, pues si no, no serías tú Demetria I.

—No tengo para qué ponderar—dijo ella con dulce confianza, posando su mano en mi rodilla,—cuánto quiero á mi hermana. ¿Pues ella á mí? Nuestro cariño es tal, que en ciertas ocasiones nuestras almas llegan á confundirse, y á pensar y sentir tan de acuerdo como si fuesen una sola. Juntas nos criamos; desde que quedamos huérfanas, yo la miraba como á una criatura, y ella á mí como si fuera yo la madre que perdimos. Llegó día en que además de hermanas cariñosas, fuimos amigas y nos confiamos nuestros amores: los míos eran entonces muy tristes, alegres los suyos. Rebosaban de esperanzas los de ella; los míos... ¿qué tengo que decirte á tí sobre esto? Cambiáronse luego los papeles, y todas las felicidades de mi her-

mana se pasaron al lado mío, y al de ella se fueron mis desgracias, mucho más acerbadas en ella que en mí. En la carta que te escribí, habrás visto el desconcierto que padece el espíritu de la pobre niña, y cuán honda es su tribulación. Te decía que aborrece á Santiago, y lo que hace es quererle con más delirio que antes. Gracia se muere de pena. Si la vieras, te daría mucha lástima, Fernando, y serías el primero en procurar su salvación. Todo lo que eres capaz de hacer por mí lo harás por ella, ¿verdad? Yo he contado contigo, sin dudar un momento. ¿Verdad que lo harás? ¿Verdad que la quieres porque yo la quiero, porque es nuestra hermana? Cien veces daría ella su vida por nosotros. Hagamos nosotros por ella lo que te propongo, que es menos que dar la vida.»

Ya no necesitaba más Demetria para rendirme absolutamente á su voluntad. El acento, la expresión casi divina con que me hablaba, me cautivaron de tal modo, que hube de contenerme para no sellar nuestra concordia con un abrazo. Pero las explicaciones no eran completas, ni la razón suprema de anteponer al casamiento el trabajo hercúleo érame aún conocida. Esperé un momento para saberla, ¡oh qué mujer! y tal como ella lo expresó, lo copio con ligeras variantes.

—Mi hermana y yo nos adoramos; pero no nos parecemos, y quizás nuestra semejanza nos ha centuplicado el cariño. Su carácter es de un modo, el mío es de otro muy distinto. Yo soy una mujer fuerte; Gracia es una mujer delicada y toda nervios. A los veinte años continúa siendo niña; de mí cuentan que de chiquilla parecía mujer, y que cuando me ponía á jugar con las de mi edad, pronto las mandaba y todas me obedecían. Yo tengo una salud de hierro; la de ella es muy endeble; yo guardo mis penas sólo para mí, y con ellas me aguanto; Gracia no las oculta; yo soy muy seria, y ella muy jovial, hasta el punto de decir chistes en las mayores aficciones... En el tiempo que aquí te tuvimos aprendiste á conocernos bien; Pero ignoras el estado en que hoy se encuentra Gracia, el desorden traído por el pícaro amor, y las pasiones nuevas que la pasión contrariada despierta en ella. ¿Conoces tú los rarísimos efectos de la envidia en los niños? No es esta envidia como la de las personas mayores, pasión fea: es un desconsuelo del alma, una consunción del cuerpo, como si una y otro quisieran aniquilarse para no ver el bien ajeno. Mi hermana me adora, y se muere si yo me caso y ella no. ¡Mira tú qué cosa tan rara! La envidia infantil no aborrece; es una enfermedad

de amor propio, y se alimenta de la idea de no ser nada, de no valer nada, de estar de más en el mundo. Hazte cargo del padecer terrible de la pobre niña, de los estragos que tantas pesadumbres han debido de hacer en su naturaleza delicada: de algún tiempo acá, su vida es un verdadero milagro. He venido notando que cuando se presentaban bien las cosas para que nosotros, tú y yo, viéramos cumplidos nuestros deseos, la pobrecita se agravaba en sus desazones. Hacerse quería la valiente; luchaba con el gusanillo que la devoraba; pero no podía nada contra él. Estos días, desde que te supusimos en camino de Barcelona á La Bastida, el decaimiento de Gracia llegó á tal extremo, que yo temí que Dios me cobraba el precio de mi felicidad con una desgracia terrible. El sábado pasado tuvo un vómito de sangre, poquita cosa, pero bastante á ponérmela como una moribunda. Guardó cama y se pasaba el día llorando, la noche hablando conmigo, pues yo no he dormido en tantas noches por hacerle compañía. La mandé levantarse; paseábamos juntas; notaba yo que hacía grandes esfuerzos por alegrarse cuando yo le indicaba que te ibas acercando... pero ¡ay! qué poco le duraba el fingimiento: se caía, se agostaba de improviso como una flor cortada puesta al sol... «Mira tú, her-

mana—me decía,—yo sé que voy á ser para vosotros un estorbo muy grande. Pídele á Dios que me lleve consigo, y así no tendrás delante de los ojos esta tristeza que os ha de ennegrecer la vida.» Ayer, sabiendo ya que estabas en La Bastida, se puso tan mal, que decidí acosarla. Llegaba el trance durísimo de decirle: «Gracia, tú no puedes venir á Samaniego; iré yo sola, y ya sabes á lo que voy.» No me atreví á desplegar mis labios. Pero ella me adivinaba los pensamientos; sabía que esta tarde vendría yo acá; que, puesta de acuerdo contigo, nos iríamos á La Bastida, al amparo de Valvanera y Juan Antonio, y nos casaríamos, quedándome yo allá todo el tiempo que mis padrinos determinasen... «Ya sé lo que me espera—me dijo anoche Gracia cuando, después de cenar, me senté en la cama para charlar con ella.—Te vas, y la primera noticia que tendré de tí será la bomba que caerá en casa... La bomba será una cartita con estas razones: «Ya no soy soltera, señores tíos, y para lo que ustedes gusten mandar, aquí estoy. He determinado casarme en esta forma, por mi libérrima voluntad, para evitar cuestiones con la familia, y para verme libre de importunos huéspedes y de la nube de clérigos y mitrados que han caído sobre mi casa.» Esto dirá tu carta, y oiré yo el

estallido, y del susto me moriré, porque los corazones de las niñas de Castro no pueden separarse, y los dos han de tener la misma felicidad ó la misma pena, y de no ser así uno de los dos tiene que reventar.» Yo la consolé como pude: le dije que aunque me casara no podía ser feliz mientras ella también no lo fuese...

Pasó tiempo; era ya media noche, y Gracia se iba quedando dormidita. De pronto, su rostro me pareció el de un cadáver. ¡Pobre hermana mía! La llamé, abrió los ojos, y nos abrazamos llorando, como si nos despidiéramos para la eternidad... Acostéme con ella, y arrullándola como á un niño, conseguí que conciliara el sueño. Yo velé hasta el día, y en aquellas horas de insomnio se me encendió el pensamiento, Fernando ¡pero de qué modo!, y la voluntad se me puso... no acierto á decírtelo... se me puso como una columna muy grande y muy recia, capaz de aguantar el peso de todo el mundo. Ahí tienes cómo concebí este gran proyecto de juntar en una sola idea y en un solo plan la felicidad de mi hermana y la mía, y hacer con tu ayuda un colosal esfuerzo para que Gracia no se muera cuando yo vivo, sino para que vivamos las dos. Creo que Dios me ha iluminado... Esta mañana, ordenándole que se quedara en la cama, le dije, dándole muchos besos: «Estate

tranquila: volveré soltera. No voy más que á saber si puedo contar con Fernando para una cosita, para una idea que se me ha ocurrido... Verás qué idea más preciosa. Si él quiere, se hará, Gracia: Fernando puede mucho. Verás cómo nos trae las dos felicidades, la mía y la tuya.» No daba crédito á mis palabras cariñosas. Imposible infundirle alegría y confianza. Su cara cadavérica me causaba terror. ¡Pobre Gracia, pobre hermanita de mi alma...! Dios me dice...»

Le faltó el aliento, y las ganas de llorar pudieron más que su propósito de contarme lo que Dios le decía. Apretándose el pañuelo contra los ojos, lloró un buen rato, sin que á mí se me ocurriese ningún concepto, pues yo tenía mi corazón tan traspasado como el suyo, y más estaba para que me consolasen que para consolar.

XVII

(Continúa la misma carta.)

Antes que ella me serené yo, y díjele lo que me parecía su plan: admirable como abstracción; obscuro en la práctica, como todo problema en que se cuenta con un factor desconocido.

De la grandeza de alma de Demetria y de su poderosa iniciativa, no había duda; también podía contarse con mi leal colaboración para dar realidad á sus altos pensamientos; pero ¿qué adelantábamos si Santiago Ibero no parecía, ó si, pareciendo, no quería de ningún modo prestarse á la combinación? ¿En qué se fundaba ella para creer que la huída del *ángel negro* no fuera irrevocable? ¿Estaba segura de que no había contraído nuevos compromisos, de que otros, más madrugadores, no le habían echado ya lazos imposibles de romper...? A estas dudas mías contestó de este modo la celestial mujer:

«Dios me dice que Santiago Ibero no está tan perdido como creemos. Es una idea que hace tiempo se me ha fijado aquí, y no hay manera de que yo la deseche. Y cuando las ideas se me clavan á mí en el pensamiento con tanta tenacidad, es que no son absurdas, Fernando. Todo lo que se ha metido en mi caletre con esa fijeza, ha resultado verdad. Yo dí en creer un día y otro, y año tras año, que tú vendrías á mí, y has venido. Pues lo mismo pienso de Santiago; sólo que ese no vendrá por su pie: tiene que traer lo á cuestas ó á rastras un hombre de firme voluntad... Te diré también, aunque tú debes saberlo, que Santiago Ibero es un

alma de Dios, por más que otra cosa quiera decir su cara negra, su hermosura de militar terrible y su entrecejo airado. Santiago Ibero es un niño, un corazón blando, lleno de honradez; tímido en todo lo que no sea ganar batallas y meter la espada hasta el puño en cuerpos de enemigos; irresoluto, fácil á la influencia extraña, sobre todo si es buena; hombre que está deseando que le quieran para querer él con fuerza doble, y que por esta cualidad se habrá dejado coger en alguna red mala.. Me dice el corazón que lo que hizo con Gracia fué obra de un arrebató, de una situación transitoria, y que si se le abre alguna veredita para volver, le faltará tiempo para entrar por ella... ¿Qué dices? ¿No opinas tú lo mismo? ¿Será esto un sueño? Dime todo lo que pienses. En último caso, ¿perdemos algo con intentar lo que te propongo? Algo perdemos, sí: un poco de tiempo; pero tú me dirás qué significa este tiempécillo en comparación de lo que ganariamos si... Dime lo que se te ocurra. ¿Será mucho calcular en quince días, en un mes, el tiempo que tardes en buscarle y en cogerle y hacerle nuestro?

—¡Quince días, un mes...!—dije yo, engolfando mi pensamiento en las dificultades de la empresa.—Puede ser mucho más; también pue-

de ser menos si Dios me dispone las cosas de un modo favorable.

—Si cuando Ibero nos jugó aquella mala pasada, Dios me hubiera hecho la merced de convertirme en hombre, no quedan las cosas en aquel triste estado, ni habrían sido de larga duración los padecimientos de mi hermanita. Yo voy, le cojo, le doy un par de gritos, le pongo como un cordero, restituyo en él la caballerosidad y la hombría de bien, y punto concluído... Creo que aún llegamos á tiempo, Fernando. No me preguntes por qué lo creo. Sólo te contestaré que porque sí.

Tenga usted por cierto, querida madre, que de la esencia divina que Dios ha distribuído entre los humanos, le ha tocado á esta mujer mía un lote desproporcionado: es cosa segura que si algunos tan poco poseen de tal esencia, es porque no ha sido equitativo el reparto, y mientras hay privilegiados, como mi Demetria, que se hartan de divinidad, otros quedan ayunos de ella. Perdóneseme esta figura extravagante. Asimismo declaro que el alma de esta mujer se me comunica, y no sólo sus afectos, sino sus ideas todas, vienen á ser mías en virtud de un trasiego que comprenderá usted cuando vea sus ojos y oiga su acento, que en ciertas ocasiones no parece humano. Como se

me había comunicado el dolor por las desventuras de Gracia, se posesionó de mi espíritu la fe de Demetria en el remedio de tanto infortunio. Yo también creí que no era tarde para intentar la captura y catequización del buen Ibero, y sentía gozo íntimo en suponerme colaborador eficaz de los planes grandiosos de la mayorazga de Castro. Claro que el hacerla mi mujer era la suprema gloria, y á ello debían subordinarse todas las demás ilusiones y proyectos; pero ya me estaba trastornando el juicio la idea de lanzarme otra vez, como caballero andante, á pelear por el bien y la justicia. Dar la batalla á un destino adverso, matar al gigante opresor de la humanidad, y recibir luego el premio más hermoso que pudo soñar mi ambición, era ya una dicha que por su grandeza esplendente no parecía de este mundo. En estas reflexiones me sorprendió mi mujer (decididamente así la llamo) con estas peregrinas ideas, que hizo más dulces el favor inefable de apoyar su mano sobre la mía:

«Ya sabes todo lo que pienso. La imposición del séptimo trabajo no es realmente imposición, sino más bien súplica. Yo no digo: «Fernando, haz esto», sino: «Fernando, mi gusto y mi alegría es que esto hagas.» No te pido obediencia, pues yo debo ser tu sierva; tú el señor

mío. Propongo á mi dueño que no deje morir á mi hermana, que me allegue los medios de igualarla conmigo y de darle bienes semejantes á los que yo poseo. Yo era mayorazga, y partí con ella las tierras que la ley á mi me daba. Ahora me ha concedido Dios otro mayorazgo: me ha concedido el hombre que eligió mi corazón entre todos los que existen y pueden existir en el mundo... A punto de morir de pena veo á mi hermana. ¿Qué hacer, Dios mío? Un marido no puede partirse; un marido no se divide. ¿Pues cómo resuelvo yo este problema? Necesito dos maridos: uno para mí, otro para ella, para mí el mío, por fuero de amor; para ella el suyo, por la misma ley. Tengo fe en mi proyecto. ¿La tienes tú?»

¿Qué había yo de contestar á esto? La fe llenava mi alma. Yo no podía querer sino lo que ella quisiese, por más que la tardanza del casorio me ocasionara un vivo desconsuelo. Mi deber como esposo presunto y como caballero era decirle: «Tengo fe, y haré lo que deseas. No soy tu señor, sino señores recíprocos tú y yo, dueño el uno del otro, y procedemos con un acuerdo que es nuestra gloria y nuestra paz. Duele el aplazamiento; pero alivia de este dolor la idea de redimir á esa pobre niña de la esclavitud de su pena, alzando para ella y para

nosotros un trono de felicidad donde haya dos parejas de reyes, dos coronas, dos...»

Creerá usted, madre, que me he vuelto loco. Si es locura, mi excelsa mujer me la transmite: ella es la que disparando rayos de su divinidad me ha trastornado el juicio. En fin, miradme, Cielos, nuevamente lanzado á la andante caballería; miradme vestido de todas armas, pronto á combatir por altos ideales de justicia, ansioso de perseguir el mal y aniquilarlo, y de acometer toda obra de reparación en obsequio de la virtud; mirad en mí al infatigable soldado del bien... Va usted á creer, señora madre, que estoy delirando... Pues decía que me siento paladín, Hércules si se quiere, que emprenderé el séptimo trabajo bajo la protección y auspicios de mi excelsa maestra y dama.

Apareció en esto D. Matías por la misma senda que habíamos seguido nosotros, y cuando estuvo al habla, me acerqué y le dije: «Ya no hay casorio, señor cura... Sí: lo hay, lo habrá; pero dentro de unos días... cuando yo vuelva de cumplir un encargo que me hace Demetria.»

Y en el rostro del cura se pintó viva satisfacción; se le encandilaron los ojos, se le humedecieron; su gruesa voz temblaba cuando

me dijo, cogiéndome las manos y queriendo besarlas: «¿Con que usted se determina...? ¡Vaya un corazón, amiguito! Déjeme que le abrace, ¡caramelos! pues virtud tan grande no creí yo que la tuviera ningún nacido... ¿Se decide á traernos á ese perdulario, á ese bruto, paloma sin hiel, á quien tienen cogido los gavilanes, ó alguna gavilana indecente, caramelos?... La niña me habló de su pensamiento, y no creí que usted se prestara ¡caramelos! á realizarlo. Era mucha virtud, demasiada virtud... me parecía á mí... porque todos somos de barro, y... lo que digo... En fin, sea para mayor gloria de Dios y de la familia. Dispuesto á casarles estaba yo aquí ó en La Bastida, cuando el señor y la señora quisieran: en mi iglesia están los papeles y todo preparado...»

Al oír esto flaqueó un instante mi entusiasmo de aventuras, y las glorias de amor eclipsaron en mi espíritu las de la andante caballería. Pero me fortalecieron de nuevo estas palabritas de la sin par Dulcinea: «Fernando y yo sabemos lo que no saben todos, esperar. Virtud es la esperanza, y el que espera con fe, gran premio alcanzará.» Mientras esto decía, su mirada inundaba mi alma de un gozo inefable. Sus ojos eran la admiración misma, el orgullo de tenerme por suyo, y la persuasión de que yo

era digno de ella. «Me has de prometer—le dije,—que has de llevar á tu familia el consentimiento de que si no eres aún mi mujer, lo serás en cuanto yo vuelva, con ó sin lo que voy á buscar.

—Ten por seguro—replicó ella, en pie, estrechándome la mano frente al cura, en actitud semejante á la de los que se casan,—que hoy mismo haré pública nuestra determinación sin ocultar nada... No me importa ya que sepan toda la verdad... que he venido á Samaniego, que en Samaniego nos hemos visto, que hemos hecho ante el señor cura D. Matías, buen fiador, juramento solemne de ser mujer y marido en la fecha y ocasión que nos convenga.

—Y yo respondo—declaró el cura rebosando júbilo,—que el amigo Navarridas vendrá con las orejas gachas, y querrá quitarme la gloria de casar y bendecir á la mejor pareja de la cristiandad; pero no se la cederé, ¡caramelos! aunque me ofrezca todas las arrobas de vino blanco que tiene en sus cuevas.»

Demetria dijo más: «Puedes ir tranquilo; pidamos á Dios que abrevie los días que has de tardar. Yo tengo fe. Tenla tú, Fernando. Que esto ha de salir bien y que salvaremos á nuestra hermana, es para mí como el Credo... No caben dudas... Anunciaré yo misma nuestro pacto de

próximas bodas; Juan Antonio y Valvanera, bajo cuyo amparo me pongo, lo ratificarán del modo más solemne ante mi familia, y ellos se encargarán de evitar que mis tíos, y los que no son mis tíos, me causen nuevas desazones.

La fiebre caballeresca llegó en mí al grado superior, y mis pensamientos se espaciaron en el delirio. Creo que dije mil disparates, aunque de ello no respondo; lo que sí recuerdo bien es que hallándome en lo más remontado de mi navegación por el inmenso piélago, observé la disminución de la luz solar: el día no quiso esperar á que acabáramos nuestro coloquio, y se nos iba mansamente... Confieso que la cercanía de la noche turbó mis ideas, enfriándome los ardientes anhelos de dar batallas por el bien humano y por la divina justicia. Aproximábase el momento ¡ay! en que mi mujer y yo debíamos separarnos, y la idea de que ella se fuese por un lado y yo por otro, empezó á parecerme absurda, tan absurda como lo sería el intento de atajar la noche. Miré á Demetria, y ví en su cara la perplejidad. Ni ella osaba decirme á mí que era hora de separarnos, ni yo á ella tampoco. El cura nos sacó á entrambos de tan duro compromiso: «Vaya, madama y caballero, ya es tarde: antes de que sucne el toque de ora-

ción debe la señora emprender el camino para La Guardia.»

Por sostenerme ¡qué tonto es uno! en mi grave papel, confirmé las sesudas palabras de Don Matías. Demetria fué más allá que yo, sosteniendo que se había entretenido más de la cuenta, y que con las glorias se le habían ido las memorias. Le besé las manos no sé cuantas veces; yo empalmaba besos con besos, y no tenía trazas de acabar nunca. Díjome ella que pusiera punto, ósculo final, y el cura, marchando delante, como la manga cruz en una procesión, nos guió hacia el bosquecillo próximo á la casa de labranza. Seguía el *Serrano* taciturno, dándonos á entender á su modo que no era partidario de la separación; tras él íbamos Demetria y yo cogiditos de las manos, silenciosos. ¿Eramos dos chiquillos inocentes que jugábamos á lo ideal, hasta que el tal juego nos enseñara su inconsistencia y vanidad? Yo no sé lo que éramos. Ya próximos al fin de la senda, mi celestial esposa me dijo gravemente: «Quedamos en que tienes tanta fe como yo.» Y le respondí que emprendería con intrépido corazón el séptimo trabajo y á su término lo llevaría sin flaquear un momento... Llegamos al grupo de árboles en que nos habíamos encontrado. Junto á la casa esperaba el coche, y las

impacientes mulillas, haciendo sonar los casca-
beles, contaban los segundos que aún me res-
taban de aquella fugaz dicha. Bajo los árboles,
en el momento de esconderse el sol en el hori-
zonte, Demetria se detuvo para darme la des-
pedida: la ví pálida y llorosa, como si la gran
virtud de su entereza en el momento de prueba
se desmoronara como un castillito de naipes.
Por efecto de aquella comunicación que en
nuestras almas se establecía, ví que la mujer
fuerte flaqueaba. Estas palabras tuyas me lo
confirmaron: «Si te parece que el sacrificio es
demasiado penoso... si la idea de diferir nuestro
casamiento por buscar á Santiago te parece ab-
surda, aún estás á tiempo... No quiero que em-
prendas á disgusto este gran trabajo...»

No puedo expresar á usted la lucha que al
oir esto entablaron mi amor propio y... no sé
qué otra fuerza de mi alma. Ello es que el
amor propio, aun reconociéndose vencido, se las
mantuvo tiasas y dijo: «No voy á disgusto: voy
confiado en Dios y en tí, seguro de realizar un
gran bien...» Un segundo más, una vacilación
de Demetria, y me caigo redondo desde la ideal
cima á las reales blanduras de un suelo cubier-
to de flores. Pero ella, con rápida acción, ella,
la guía, la maestra, la doctora, acudió al re-
medio de tan gran desastre, rehaciéndose con

brío, y volviendo á su sér poderoso, como divinidad gobernante. «Dios te bendecirá por tu buena obra — me dijo tocándome en el hombro.— Seremos felices, viviremos todos... ¡ay, los cuatro...! ¡Qué dicha! No hay que volver atrás de lo tratado. Seamos personas formales, no chiquillos sin fundamento... Marido mío, adiós, hasta luego, hasta muy luego. Date prisa...»

No me dió tiempo á contestarle porque echó á correr, apretándose el pañuelo contra la boca, y pocos segundos tardó en llegar al coche. Tras ella fuí, y dándole la mano para subir, besé la suya otra vez, sin acertar á decirle más que: «Ya verás qué pronto me tienes aquí... Un ratito más... ¿qué prisa tienes...? Vaya, no hay más remedio: adiós, adiós. Volveré volando...»

El coche partió, y saludándonos seguimos mientras podíamos vernos. Me entraron ganas de correr detrás del coche, gritando: «Mujer, mujer mía, detente... vuelve atrás... Estamos borrachos de ideal, de ese insano bebedizo que me has dado... Desemborrachémonos... casémonos...»

XVIII

Del mismo á la misma.

La Bastida, Junio.

Instóme el cura para que á cenar le acompañase, y accedí gustoso por platicar con él, y prevenirme de cuantos datos y advertencias pudiera darme el buen señor referentes á su sobrino, cuya captura mi caballerosidad emprendía. ¡Triste de mí! Mientras cenábamos, los elogios que el clérigo hacía de mi resolución, del sacrificio momentáneo de mi felicidad, no disiparon las nieblas que envolvían mi alma. Apagado el entusiasmo que la presencia de mi mujer despertaba en mí, se me oscurecía la confianza, y un desconsuelo intensísimo se me posaba en el corazón. ¡Qué pena, qué amargura! Con Demetria sí que emprendería yo las más audaces aventuras y daría terribles batallas para destruir el mal humano: lejos de ella era cobarde, perezoso y egoísta.

Pero ya no había más remedio que sostener la palabra y el papel, y afianzarme bien en mi pobre cabeza el yelmo de Mambrino para que